

Reagan: antídoto contra la mitología fiscal

Lo que sí tenemos el deber de hacer, aquellos que hemos documentado, con innumerables datos y casos, los efectos catastróficos del populismo económico, es exigirle a nuestro gobernante que permita al sector privado respirar profundo en medio de la actual crisis que vivimos. Ello puede lograrse si el gobierno se disciplina en el gasto, renuncia al discurso clasista, le apuesta al diálogo creativo y accede a entender que los impuestos no constituyen un instrumento eficaz de política coyuntural.

Escrito por [Federico Hernández Aguilar](#)

Sábado, 16 julio 2011 00:00

Recommend

Be the first of your friends to recommend this.

Con motivo de la celebración del primer centenario del nacimiento de Ronald Reagan, en febrero pasado, el columnista de LA PRENSA GRÁFICA Sergio Muñoz Bata, respetado periodista mexicano residente en Estados Unidos, publicó en estas mismas páginas editoriales un artículo que tituló, no sin cierta amargura revanchista, "Beatifican a Reagan en su centenario".

Incómodo por la intensidad y el colorido con que el Partido Republicano festejaba los méritos de uno de los mejores mandatarios estadounidenses en el último medio siglo, Muñoz Bata más bien pone en duda los cacareados logros que la "ultraderecha republicana" —el término es suyo— le atribuye al periodo presidencial de Reagan (1981-1989).

Sin atreverse a negar, claro, el "notable crecimiento económico" que Estados Unidos experimentó durante la década de los ochenta, el colega articulista discute que semejante bonanza fuera resultado de las decisiones económicas de Reagan, refiriéndose a quienes afirman que "la recuperación se debió más a las medidas tomadas por el jefe de la Reserva Federal, Paul Volcker, que, irónicamente, fue nombrado por Jimmy Carter".

Supongo que no querrá insinuarnos el periodista que Carter y Reagan coincidían en materia económica, solo porque el primero colocó al mando de la FED a un hombre que fue confirmado en su puesto por el segundo. La considerable distancia que existía entre ambos presidentes llegó a alcanzar verdaderos picos de confrontación, no únicamente durante los debates de la campaña de 1980, sino también en las décadas siguientes, en las que Reagan fue convirtiéndose en un verdadero adalid contra el intervencionismo estatal —casi hasta su muerte en 2004—, mientras que Carter ha casi llegado al colmo de justificar excesos intolerables en el manejo de las finanzas públicas por parte de ciertos gobiernos claramente autocráticos.

Es válido criticar el hecho que el revisionismo histórico de los republicanos, en un indulgente ejercicio de exultación, haga silencio en torno a los desaciertos de Reagan (que también los tuvo) como mandatario; pero es un poco mezquino remilgar los indiscutibles éxitos económicos del cuadragésimo presidente de Estados Unidos con el propósito de atribuirselos a un antecesor con el que discrepaba profundamente, sobre todo en política fiscal.

De hecho, una nueva efeméride relacionada con Ronald Reagan estará celebrándose el próximo 13 de agosto. Ese día se cumplirán 30 años desde la firma de la Ley de Recuperación Económica de 1981, que condujo a una histórica rebaja generalizada de más o menos el 30% del impuesto sobre la renta, catapultando como nunca antes a los sectores productivos y dinamizando la economía norteamericana hasta cotas inimaginables por quienes habían sido víctimas, precisamente en el periodo de Carter, de una regresiva mezcla de estancamiento e inflación.

Lo que Sergio Muñoz Bata no dice en su columna es que la buena ejecutoria de Paul Volcker en la FED tuvo como amparo, además de la rotunda decisión política de Reagan, la feliz combinación de ideas de tres economistas brillantes: Milton Friedman, que vio la urgente necesidad de frenar la emisión de billetes por parte del Banco Central; Robert Mundell, que abogó por aligerar el sistema impositivo y estimular así la producción; y Jude Wanniski, que demostró que la reducción de impuestos había sido decisiva en las dos grandes remontadas económicas de Estados Unidos en el siglo XX.

Antes que estas nuevas teorías económicas llegaran a materializarse en la presidencia de Reagan, la abrumadora estancación que vivía la Unión Americana mantenía al borde del colapso nervioso a los especialistas. Como explica el experto del instituto Cato, Bruce Bartlett, en una columna de 2006, "la mayoría de los economistas no sabían cómo atacar el problema porque la teoría entonces predominante mantenía que no podía haber alta inflación y alto desempleo al mismo tiempo. Sostenía también que la inflación era principalmente un problema fiscal, resultante del déficit presupuestario, y que existía una relación inversa entre inflación y los niveles de empleo: a mayor inflación, menor desempleo".

La audacia de Reagan, desde luego, sorprendió a propios y extraños. Muy pocos esperaban que pudiera triunfar económicamente una apuesta tan drástica a favor de reducir impuestos y limitar el circulante. Pero así fue. La inflación bajó del 13.5% a menos del 2% en apenas cuatro años, la inversión pública creció, las empresas aumentaron su productividad, se evaporaron las frecuentes escaladas de precios y Ronald Reagan ganó con facilidad, en 1984, un segundo periodo en la Casa Blanca. Para cuando dejó la Presidencia, en 1989, once millones de empleos habían sido creados.

En este momento parece una ingenuidad pedirle a Mauricio Funes que tome ejemplo de la audacia y el



Ilustración de La Prensa/Mauricio Duarte

pragmatismo visionario de la política fiscal de Reagan. Las circunstancias son distintas y los temperamentos aún más. Lo que sí tenemos el deber de hacer, aquellos que hemos documentado, con innumerables datos y casos, los efectos catastróficos del populismo económico, es exigirle a nuestro gobernante que permita al sector privado respirar profundo en medio de la actual crisis que vivimos. Ello puede lograrse si el gobierno se disciplina en el gasto, renuncia al discurso clasista (siempre tan contraproducente), le apuesta al diálogo creativo (en lugar de la cerrilidad ideológica) y accede a entender que los impuestos no constituyen un instrumento eficaz de política coyuntural.

“Los impuestos”, dice el liberal español Pedro Schwartz, “afectan radicalmente las decisiones de inversión y consumo de los particulares, por lo que no es posible el crecimiento económico si el Estado reduce el ingreso disponible de individuos y empresas”. Algo que entendió perfectamente un líder como Ronald Reagan, aunque a muchos les cueste reconocerlo. Algo que ojalá un día pueda entender el izquierdismo latinoamericano, tan bien provisto de mitologías fiscales y tan huérfano de ciencia económica.

Me gusta

Agregar un comentario nuevo

Opcional: Iniciar sesión abajo.

Escribe tu comentario aquí.

Publica como ...

Mostrando 0 comentarios

Ordenar por

Suscribirse por correo electrónico Suscríbete por RSS

Real-time updating is **habilitado**. ([Pausa](#))

blog comments powered by [DISQUS](#)